

«Esta mujer ha hecho una obra buena conmigo
(Mt 26,10)

Habían invitado a comer a Jesús
y, estando sentado a la mesa,
una mujer derramó sobre su cabeza un frasco de perfume.
Los discípulos reaccionaron indignados por el dispendio,
alegando que ese dinero se podía haber dado a los pobres.
Jesús la defendió diciendo que había hecho con él
una obra buena;
que a los pobres siempre los tendrían a mano,
pero que a él no siempre lo iban a tener.
Esa mujer, al ungirle con mirra,
lo ha ungido para su sepultura.
Por eso declara que donde se proclame el Evangelio
ha de referirse esa acción de la mujer.
Esta manifestación de la relación con Jesús
es absolutamente insólita en el Evangelio,
como también lo es la reacción de Jesús.

Te pedimos, Padre de nuestro Señor Jesucristo,
la gracia de contemplarlas con tus ojos,
de comprenderlas internamente
para obrar de modo consecuente.

A estas alturas de su vida, bastantes reconocían a Jesús,
no solo su misión sino a su persona,
que la encarnaba,
y como parte de ese reconocimiento,
que en definitiva estaba dirigido a ti,
venían las muestras de respeto, de admiración,
de agradecimiento y de adhesión personal.
Las invitaciones a comer
y la acogida en sus propias casas,
para que pasara la noche,
son las muestras cotidianas de ese aprecio sincero,
que tenía bastante de sagrado,
sin que eso lo hiciera menos humano,
ya que, al contrario, lo aquilataba.
Pero de ahí a derramar un frasco de perfume carísimo
sobre su cabeza
hay una distancia demasiado grande.
La causa de esta distancia es su reconocida transitividad:
él estaba todo dirigido a ti y a los demás,
parecía más un canal que un centro.
Claro que era un canal absolutamente personalizado:
él estaba todo entero en ese orientar
hacia ti y hacia los demás
Pero es cierto que, al dirigir la atención hacia él,
él ponía a la gente en contacto contigo
y con el prójimo necesitado.

Su atención, ciertamente, a través de su persona,
se dirigía a ti y a los seres humanos.
Claro que se hablaba mucho de él
y que la gente acudía a él;
pero él la conectaba contigo y con la realidad.

Por eso, que a una mujer se le ocurriera ese homenaje
tan absolutamente centrado en él,
dirigido tan intransferiblemente a su persona,
no un acto de servicio hacia él,
que todos sabían que tenía que recibirlo todo,
sino un acto inútil, mera demostración de cariño,
un exceso, que solo tiene sentido como expresión
de que él vale más que todo lo que tiene precio
y que por eso vale la pena sacrificarlo
para mostrar esa relación, en cierto modo absoluta,
es un hecho único en los Evangelios.

Pero si el acto de la mujer es heterogéneo respecto
de las relaciones que la gente entabla con Jesús,
mucho más lo es la respuesta que da Jesús,
defendiéndola del ataque de sus discípulos.
La significatividad de ese acto es tan absoluta
que donde se predique el Evangelio
no puede faltar la mención de lo que hizo la mujer.
Padre, nosotros no hemos hecho caso a tu Hijo:
este episodio no forma parte
del núcleo duro del Evangelio que proclamamos.
Debe de ser, que, como los discípulos,
tampoco hemos comprendido su sentido
o no lo hemos querido aceptar.
Padre, danos la gracia de penetrar en él.
Él dice que la mujer ha hecho una buena obra,
que consiste en hacer anticipadamente
uno de los ritos funerarios.

Para sus discípulos y muchos otros,
Jesús estaba en su momento estelar.
Sus discípulos pensaban que de un momento a otro
se revelaría como el Mesías, liberando a su pueblo
del poder de los romanos y de los colaboracionistas judíos.
Es verdad que cada vez se hacía más visible
el rechazo de los jefes
y que del rechazo a la hostilidad no había sino un paso.
Pero ellos pensaban que Jesús se iba a imponer a ellos
implantando tu alianza eterna.
Jesús tuvo que palpar ese ambiente, esa expectación,
y esto tuvo que sumirlo en la soledad.
Ellos lo apoyaban para lo que no iba a hacer
Y, por tanto, lo dejaban solo en su camino verdadero.

Tal vez mucha gente del pueblo
que se preguntaba si no sería el Mesías
no esperaba de él sino que siguiera liberando a su pueblo
como lo venía haciendo,
pero otros se dejarían arrastrar por esa euforia nacionalista,
que creían que expresaba tus planes para tu pueblo
A Jesús tenía que contrariarle esa obstinación de los suyos.
Miraban hacia donde no era y por eso lo dejaban solo:
no se portaban como verdaderos discípulos.
Jesús estaba entre la soledad presente y la soledad mayor,
que parecía fracaso,
de su muerte inminente.

En ese momento, ese homenaje tan desmedido,
dirigido a él mismo, a lo que era él,
a su cuerpo, a su persona,
tuvo que llenarlo de gozo:
«Esta mujer está muy contenta con lo que hago
y con lo que soy.
Me alegro en el alma y se lo agradezco».
Pero Jesús vio más:
«Como esta mujer me devuelve simbólicamente
el buen olor que yo doy a su vida,
como homenajea a mi persona
en lo que tengo de más personal,
está perfumando anticipadamente mi cuerpo,
que será vilipendiado y agredido salvajemente;
está queriendo decir que lo último sobre mi cuerpo
será el perfume y no las heridas mortales
del odio y la injusticia».
Esta última palabra de homenaje amoroso a su cuerpo,
un homenaje que se sobrepone a las atrocidades,
es lo que debe proclamarse como parte del Evangelio.

Porque la última palabra la va a tener el amor,
y no solo de parte de él y tuya,
sino de parte de seres humanos.
Jesús ve en la delicadeza de esta mujer un acto profético,
ve que la mujer ha hecho realmente
más de lo que pretendía.
Porque hizo en el momento más oportuno
lo más necesario para Jesús;
fue para él una sorpresa gozosa,
en la que vio tu mano.
Le dio el tono adecuado para enfrentar lo que iba a venir.
Su querer ya estaba a punto;
con este acto, lo estuvo también su sentir.
Fue, en efecto, una obra buena,
un acto de amor fecundo.

Padre, nosotros nos proclamamos seguidores de Jesús,
y tú sabes que lo queremos ser en verdad,
con lo que dan nuestras pobres fuerzas
y a la medida del don recibido.
Te pedimos con toda el alma que no lo sigamos
buscando nuestros propios fines,
desde nuestro propio horizonte,
para lo que creemos que quieres tú.

Te pedimos que seamos verdaderos discípulos,
como lo fueron los primeros después de la resurrección.
Que nos abramos al querer y sentir de Jesús,
que su persona dirija en verdad nuestras vidas
y moldee nuestras personas.

Te pedimos más:
que la relación con él se dirija no solo a lo que dice
sino a su misma persona.
Él nos hace hijos tuyos,
no mediante enseñanzas ni preceptos
sino llevándonos en su corazón como verdadero Hermano.
Te pedimos que también nosotros lo llevemos
en el centro del nuestro,
que él sea nuestro amigo del alma,
además de nuestro único Señor.
Que tengamos con él la delicadeza que pide
toda verdadera amistad.
Que en medio del dolor que tiene que causarle
tanta utilización de los demás para fines egoístas,
tantas agresiones a otros no reconocidos como hermanos,
tanto desinterés por la consecuencia en otros
de los propios actos,
tanto endiosamiento, que causa tanta soledad y muerte
y que es tan estéril,
nosotros sí le causemos alegría al vivir fraternamente,
al acoger y restañar heridas,
al trabajar por un ordenamiento social
más justo y convivencial.
Y que la amistad con él alimente esa dirección fraterna,
que para nosotros sea ir a beber de la fuente
y rendir a la vez homenaje al que nos hace hermanos.

Te pedimos, Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que el recuerdo de esta mujer
impida que la relación con Jesús degenera
en una militancia aguerida y fría,
que no merece el nombre de fraternidad
y, menos aún, de la fraternidad sagrada de tus hijas e hijos.

